

# La anatomía del cotejo



*Daniel Marroquín Botero\**

*eldanodaniel@yahoo.fr*

“Detrás de un balón siempre hay un niño”, es una frase por todos escuchada siempre que una pelota está a punto de atravesar la calle. En romper este tabú reside la magia de Bogotá. El mito no es respetado en ningún lado: el balón es venerado por el tránsito y alrededor de su aparición se organiza el flujo en las vías, provocando detenciones abruptas como fichas de domino alineadas, maniobras monumentales de evasión dignas de un espacio en películas de Steven Seagal, y se dice incluso que a veces es tal la destreza de los conductores que con un movimiento brusco de timón logran devolver la pelota “de taquito” con la parte trasera del carro. Igualmente, cuando aparece rodando, detrás no hay un niño sino una población entera: obreros, abuelos, policías, ejecutivos, escoltas, cocineros, taxistas, profesores, alumnos, seminaristas, mimos, golfistas, papás, mamás e hijos corriendo.

La mayoría de los bogotanos reacciona ante un balón aunque de manera diferente: o lo odian o lo aman, o sienten infinitas ganas de patearlo o de mandar todos a una hoguera, pero eso sí, los ven colgados y exhibidos en la tienda de la esquina —donde en mallas de color toronja o guayaba penden en las entradas de los establecimientos y no superan los \$10.000—, así como se encuentran en grandes supermercados y almacenes especializados en los que se encuentran los de la liga profesional colombiana, los de Italia, los de Alemania, los de Argentina, todos fabricados en China. Cuando ya se tiene el balón, el estadio Nemesio Camacho el Campín —escenario que puede alzarse junto con 46.018 almas cuando está a reventar—, queda completamente olvidado, esperando a que sea un domingo más de partido; mientras tanto, infinitos estadios van naciendo espontánea y alegremente por toda la ciudad. Dos troncos, un par de sacos, canecas, palitos enterrados, cachuchas, cascos o piedras definen los arcos cuando se carece de su estructura metálica. Se juega en parques, en colegios, en el pavimento de las calles o de los separadores,

▷▷ \* Estudiante de Literatura de la Javeriana.  
Taller de Usaquén.

dentro de las casas y los apartamentos; se juega con un balón de caucho, de cuero, de goma, profesional o lleno de espuma, con envases plásticos de bebidas (hechos bolita) o incluso con un amasijo de medias que pretenden cierta redondez. Cualquier explanada es propicia para jugar, cualquier objeto "pateable" y visible sirve. Si se está en Bogotá, se respira fútbol.

### ♦ Chompita

Es el caso de Chompita, que vive en Suba. Un tipo promedio que no supera ni el 1.70 metros de estatura ni los 68 kilos; de piel oscura, labios gruesos, cejas pobladas "como signo de poder", y cuando se ríe asoma una sonrisa llena de tranquilidad y unos dientes devastados por el *Pielroja* debajo de su bigote aplastado. Se levanta todas las mañanas a las 5:00; antes de salir se prepara una lonchera con *"aguapanela de limón y un sandwichito de atún"*. Cuando llega a la 104, un par de cuadras arriba de la autopista a trabajar en la construcción de un edificio con otros 53 colegas, ya son las 6:30 a.m. y está embalsamado en su overol lleno de parches y de manchas de aceite reluciente; se pone el casco y con delicada lentitud empieza a trabajar apartando material con el martillo mientras llegan los demás. *"Lo complicado no es madurar, uno se acostumbra, sino que a veces el trabajo se pone cansón porque uno siente que anda haciendo siempre la misma cosa, y por eso tiene que despejarse ¿sí me entiende? Divertirse y hacer otras cosas, pero eso sí, no parar de trabajar porque mi Diosito nos da el trabajo afortunadamente y hay que cumplirle y agradecerle"*. En esas también agradece a Dios por el deporte, por el fútbol, porque tal vez Dios no sea redondo como dice Villoro, pero de esa redondez nacen alegrías y esperanzas.

Chompita tiene apenas el tiempo para hablar cuando aparece su compañero Johnny, quien en su tulita no carga sino la adorada "pecosa" que permitirá el "cotejo" del almuerzo, la "ventilada" necesaria para compensar tanto trabajo, el instante de liberación, en el que se trabaja no con la fuerza de las manos sino con las del corazón. Chompita y Johnny se saludan, se abrazan y sus bocas muecas cruzan una que otra palabra sobre las familias, se instalan y se disponen al "laboro" y a armar los equipos, según el orden en que van apareciendo sus compañeros.

Cuando el mediodía asoma, desfilan los 53 obreros de la obra junto con el ingeniero y algunos extras, un grupo cercano a los 30 camina en masa hasta una calle cerrada a dos cuadras de la obra. Por lo general son 17 los que se tiran sobre el pasto y tapan el sol como pueden y los otros 13 se organizan sobre el cemento en donde están dispuestas en perfecta geometría dos arquerías, hechas con pedazos de madera finamente seleccionados entre los materiales de desecho, y con costal verde fluorescente delicadamente recortado y clavado. Son, tal vez, las dos puntillas mejor colocadas en tres manzanas a la redonda. El terreno de juego está delimitado en sus costados oriental y occidental por la fachada de varios edificios, incluyendo las rampas amenazantes de sus parqueaderos; al norte hay una calle de doble vía, muy transitada debido a la conexión que establece entre los dos

ejes viales de gran importancia; y, finalmente, al sur no hay sino pavimento cubierto de cascotes. Ponen el balón en el centro, de un lado hay seis y del otro idéntico número, más el “Ñapa”, el que llegó de último y pone en ventaja numérica a un equipo y cambia de bando en cada gol. El partido está por iniciar.

### ♦ Sobremesa con gambeta

Estos partidos representan un gran respiro para trabajadores y para sus jefes. Es común ver a mucha gente que antes de comer el almuerzo preparado en sus casas o el que compran en una tienda, dedican tres cuartos de su hora del descanso a jugar, por lo general de lunes a viernes, si hay buen tiempo. Los fines de semana también se organizan torneos en las canchas de los parques de algunos barrios o dentro de las instalaciones de la misma empresa, como es el caso de Usaquén y de Avianca, respectivamente. En estas ocasiones se aprecia una buena organización del torneo, los equipos participan con sus respectivos uniformes y se cuenta por lo menos con un árbitro. Hay jugadores afortunados que pueden desplazarse en automóvil los siete días de la semana para cumplir con los torneos que se realizan en algunos clubes, cuyas instalaciones cuentan con un sistema de iluminación casi tan bueno como el del propio estadio.

Y es que sin importar el cargo que se desempeñe o el lugar donde se viva, el fútbol representa no solo un pasatiempo, sino también un momento de relax en el que se queman energías y “se desahoga el alma”. Hay amor por el deporte, un amor que llega a casos extremos, como la historia de varios que han dicho *“mi novia me puso a escoger entre el fútbol y ella, y dejamos de ser novios”*.

*“Eso son casos extremos, de gente como bien loca, ¿cierto? Yo creo que el amor a otra persona y el amor al fútbol son dos cosas distintas y se pueden llevar al mismo tiempo”,* dice Andy, quien se despide de su novia, al otro lado del celular, con un *“te cuidas, amor, ¿bueno?”*. Deja caer un pequeño maletín donde se asoman unos guayos igualitos a los de su ídolo: Kaká. Andy está en décimo en el colegio. Parece un pequeño irlandés por su cara muy blanca y llena de pecas; es flaquito y de brazos largos, los ojos marrón oscuro y el pelo negro, engominado hacia atrás. Él y sus amigos juegan al menos dos veces por semana, usan los medios electrónicos o mensajes de celular para citarse *“y el que llega, llega”*. Se encuentran en el parque de Usaquén a eso de las once de la mañana, porque todos son perezosos y duermen hasta tarde, y si están en el colegio juegan los viernes y los domingos por la tarde: *“Es perfecto antes de irse de ‘parche’ o de dormir bien para madrugar al otro día”*.

*“Yo soy siempre el que organiza”,* dice Antonio, vecino de Andy. *“Ya tenemos tanto la costumbre que es no más dejar escrito en el nickname de Messenger el día y la hora y nos vemos en la cancha, y si alguien no aparece, fácil, va uno corriendo y le timbra y lo saca a la fuerza porque todos vivimos cerca”*. Andy suele ser el primero en llegar porque vive al lado de la cancha, en el barrio Santa Ana, al nororiente de Bogotá. A pesar de ser un sector elegante, el campo está en mal estado, sobre todo en el centro donde la tierra se impuso

ante el pasto averiado. Allí mismo se organizan luego de cambiarse y en contados minutos, Andy, Antonio y el resto de sus amigos parecen un batallón de guerra; se llaman mediante los apellidos y todos están equipados hasta los dientes: portan canilleras que absorben el sudor y se acomodan a la forma de la pierna, usan pantalonetas de última tecnología, material expandible y termodinámico (aunque parezca inhóspito) y visten las camisetas de las grandes y bien pagadas estrellas del fútbol mundial.

Durante el *"pica-pala, pisando cordón"* que definirá las alineaciones de batalla, uno se reto-ca el pelo, otro quita las ramitas que hay en los arcos (que parecen una réplica de los de la liga de Estados Unidos), otro organiza las botellas de *Gatorade* dentro de la neverita, otro está aplicándose *"la cremita en la molestia"*, otro se arregla la cintita que no deja que el pelo se le venga a la cara, otro revisa el vendaje que tiene en el brazo y el estado del boti-quín, otro se lamenta de todo lo que comió antes de ir a jugar porque piensa que va a regurgitar todo el tiempo y no va a poder correr, otro le chifla a un par de niñas que pasan, otro se hurga la boca con frenesí e intenta limpiarse el mugre de los frenillos, y así, uno tras otro van poniéndole candado a sus maletines en el protocolo previo al partido. El partido nunca arranca con el balón en el centro porque *"eso está pelao y cuando uno se mueve por ahí levanta tierra que se le mete en los ojos y en la boca"*, aclara Antonio, quien evita la tierra tanto como la lluvia.

### ♦ Para todos los guayos

Y es que si llueve, el juego se complica por un rato, pero nunca es razón para suspenderlo. Algunos prefieren evitar molestias desde el principio y sólo juegan en los sitios cubiertos, que estuvieron de moda durante una época cuando a un tipo se le ocurrió importar la idea de Argentina y de Estados Unidos y creó La Cancha, en la 102 con paralela, en el costado oriental. Luego se fueron abriendo más lugares del estilo, como en la avenida 19 con calle 122, donde Lucas Jaramillo, ex jugador de Independiente Santa Fe, montó un complejo con varias canchas de fútbol cubiertas y sintéticas. En ese escenario se encuentran desde niños que celebran sus cumpleaños hasta importantes empresarios o funcionarios públicos que a altas horas de la noche persiguen un balón. Con un poco más de \$7.000 se logra pagar los dos pasajes de bus y la cuota para el alquiler de la cancha, cuyos precios varían según la hora en que se solicite, pero son accesibles y hay descuentos para grupos. Algunos lugares prestan uniformes, camisetas de imitación de los seleccionados nacionales del mundo, y claro está, el balón. Al lado de las canchas hay siempre una tienda con lo mejor de la hidratación cortésa Postobón y Coca-Cola. En esos sitios se organizan torneos nocturnos, en donde hay que dar una buena cuota para inscribirse, pero vale la pena participar porque, además de pasar un buen rato, el equipo ganador se lleva una gran cantidad de premios como balones, kits de fútbol, botiquines o bonos para gastar en buenos restaurantes.

Aunque la lluvia dejó de ser un problema en las canchas cerradas, sigue dando lugar a anécdotas simpáticas, como la de Javier Méndez, alias Chompita, quien fue siempre Javier

hasta un sábado en que jugó con sus compañeros para festejar la entrega de una obra en el norte de Bogotá. Un poco llevados por las cervezas y la euforia del momento siguieron jugando a pesar del aguacero. En esas, Javier fue hasta el depósito sin que nadie se percatara, y llegó con las chompas rojas y amarillas que les dan para los días de lluvia en el trabajo. Así los equipos estuvieron más definidos que nunca, y fue *“una mamadera de gallo total”*, llena de caídas, salpicadas risas y abrazos; una tarde que los marcó.

Truene o relampaguee, la pelota sigue pasando de pie a pie. A la hora del almuerzo Johnny la saca de la tulita, las banquitas arrancan para los que juegan y para los que ven echados como una plasta a los lados de la cancha, con una cajita de icopor en una mano, el tenedor en la otra, y un juguito en caja entre las piernas. *“Cuando es a jugar es a jugar”*, y el resto del mundo queda de lado; aquí pensar es de pocos, todos son movimientos rápidos, rotando, supervivencia a tope, un toque, un pase, se pisa la pelota, gambeta como la de Estrada, saca uno, dos, pase a la banda, “pivotean” cerca al arco, la pelota no se despega del piso, en cambio las botas de caucho parecen sacar chispas en su enfrentamiento constante con él. Johnny camina, corre, se devuelve, *“rótela mijo”, “no la envicie”, “hágame famoso”, “si me estima”*, va gritando y escuchando mientras no pierde de vista al balón, y sí se estiman porque todos tocan la pelota, todos la siguen con los ojos y con el espíritu, la patean, la persiguen, es el amor por la pelota. *“Aquí hay de los que hablan y de los que no. Pero es que hay unos a los que toca gritarles porque se ponen a jugar solos, y le fútbol es de equipo. No todos somos amigos, pero ninguno es enemigo, en la obra trabajamos juntos, en el almuerzo jugamos y nos saludamos y nos despedimos, y si pasa algo en la cancha se queda en la cancha”*, dice Johnny, y si se le pregunta por quién es el mejor contesta riéndose y acomodándose la gorra; *“Pues yo, no ve que soy el que trae a la pecosa”*. “La pecosa” es como le dicen al balón, como le dicen algunos narradores los domingos por la radio y la televisión, es como la novia de todos, cualquiera podría ser responsable por uno de los tantos graffitis en los muros de la capital que dicen “Te amo Pecas”; porque cuando no juegan la tratan con gran delicadeza, la cuidan, le hacen mantenimiento lavándola o “echándole airecito” y todos se preocupan porque no le pase un carro encima o tenga un encuentro cercano con un alambre de púas.

En una de esas jugadas, Chompita, que está cuidando el arco, se la pasa con *“borde interno y preciso al pie”* a Carlos, el que maneja la mezcladora; quien se “descuelga” por la punta izquierda, amaga al que lo marca y en menos de lo que canta un gallo está tirado en el piso, con el pantalón roto en la rodilla y un raspón que sangra como si se hubiera hecho una gran cortadura con una máquina de afeitar, *“pero uno aprendió a no llorar”*. Se levanta, se limpia las manos, se soba un poquito y sigue. Edwin le había hecho zancadilla *“porque eso de ser rápido con estas botas tan grandes es muy difícil”*. El sentido común del futbolista aficionado dictamina *“falta tiro libre”*, retomando las palabras del glorioso narrador anónimo del juego de Super Nintendo “Fútbol colombiano 96, terrible, oye!”, palabras que marcaron y trascendieron la pantalla. Javier, el duro de los tiros libres coge el balón y lo pone a tres metros del arco, en diagonal, en donde fue la falta, y se prepara para cobrar, no metien-

do un bombazo como los de Alejandro Brand —porque la pelota iría a dar al vidrio de algún carro parqueado, o terminaría rodando en medio de la calle “y ahí sí que uno se pone a parirla rogando que no le pase ningún carro encima porque se tira el baloncito y ahí sí, paila”—, sino que prepara una “jugada de laboratorio”, como las que ve en el noticiero que “Beckham y esos manes maquinan en Inglaterra”.

### ♦ La escuela del fútbol mundial

Porque es una realidad que el fútbol del mundo está a la mano, literalmente, está en espichar un botón y cambiar de canal, o teclear el URL de una página de Internet. Se ven y se rememoran jugadas de todos los calibres, cuantas veces se quiera y en la velocidad deseada. Por las noches el combo de Chompita ve como “ese chino Messi la mueve, la mueve” en las tiendas, los bares del barrio, o el modesto televisor de sus aposentos, comprado en algún local de San Andresito. Se puede ver fútbol apostando al chance y tomando cerveza, todo al mismo tiempo, con los de la gallada. Porque no hay quien falte a las citas “en donde don Alfonso” que se ponen cada que hay un partido importante de algún equipo colombiano o de la misma Selección. Otros más pudientes no echan el chance, pero se sientan igual ya sea en el sofá de la sala, en el club, en un bar, en un restaurante con pantalla gigante o en el parque de la 93, que consta de la misma dotación. Se sientan a tomar cerveza importada o guaro y ven las mismas jugadas en los noticieros; están pendientes del fútbol de Italia, de España, de Inglaterra, de Argentina que pasan los fines de semana, igualmente atentos a la liga de campeones de la UEFA, de la Copa UEFA, y con menos detenimiento se fijan en la Copa Libertadores, la Suramericana y los equipos con potencial oriundos de tierra colombiana que sorprenden en la Copa Mustang. Van más bien poco al estadio porque el nivel del fútbol colombiano es motivo de vergüenza para algunos mestizos que siguen convencidos de que todo lo que viene de fuera es mejor, siempre y cuando sea del Ecuador hacia arriba, y eso... de resto sólo se salvan Argentina y Brasil. Así, dejan su lugar en las tribunas occidentales del Campín vacío, porque sólo van a esa; algunos como Andy dicen de cualquier otra localidad: “Zafo, yo ahí no me meto ni a bate”.

Pero sí es capaz de metérsele “en plancha” a Juanchito, el hermano menor de Antonio, para quitarle el balón luego de un “pase en profundidad”, pero Andy, a sus 17 años todavía es un poco torpe con los pies, y “le zampo severo patadón en la canilla”, como diría Antonio atendiendo a su hermano mientras este se retuerce en el piso, como lo hiciera Rivaldo en sus eternas simulaciones en el Barcelona. Cuando se levantó se le escurrían las lágrimas del dolor y de la rabia, era el menor y un gol significaba ir ganando respeto entre los demás, pero su amigo lo cruzó y lo frenó con violencia. Sin embargo, llamó a Andy, le susurró “me dolió, idiota”, sonrió y lo abrazó. “El fútbol es para divertirse, para ser amigos, no me voy a enojar con mi amigo por un pinche partido en el que no está en juego nada”. José puso el balón encima de un morrito, son mañas que se ven y se aprenden los domingos por la televisión y en los entrenamientos en el club, puso sus brazos en jarra, escupió, se alejó cerca de cinco metros del balón, tomó impulso —primero con pequeños pasitos y luego a

zancadas como imitando a Roberto Carlos— y golpeó la pelota apuntando a Omar, que estaba del otro lado del campo. *“Qué pena, lo confundí”*, grita José cuando es Camilo Andrés al que le llega la pelota. Porque es fácil confundirse, Andy, Antonio, José, Juanchito, Omar, Carlos Andrés parecen todos sacados del mismo punto de fábrica, por cómo se mueven, cómo hablan, cómo piensan, porque tienen las mismas camisetas de fútbol, los mismos guayos... Como si fueran las figuras de un juego de video y sólo se diferenciaran por el peinado. A Omar le dicen *“carroloco”* porque *“arranca a toda mecha y a veces corre por correr. Es que el man se manda severo pique de choro”*, y apenas le llega el balón arranca a correr, en tres zancadas recorre cinco metros, de los cuales dos los hace solo porque pierde la *“posesión”* y es el otro equipo el que ataca.

### ♦ Jugadas de antología

La *“esférica”* atraviesa llena de parsimonia el ancho de la cancha porque *“mientras se juega en el parque uno puede practicar lo que se aprende en los ‘entrenos”* y habían empezado con el tema de los cambios de frente, de hacer *“rodar la pelota entre los cuatro del fondo”*. El caso es que el balón rueda, rebota y vuela, y los jugadores se mueven más bien poco; tienen tiempo para amarrarse los cordones tranquilamente, para sonarse, o acomodarse los calzoncillos y la mallita de la pantaloneta. No obstante, hay lugar para las sorpresas, como juegan sobre pasto y juegan de recocha, deleitan al espíritu y al ojo con jugadas de antología, haciendo *“chilenas”, “chalacas”, “tijeretas”, “boleas”, “palomitas”* y *“escorpiones”*, reviviendo las hazañas de los grandes, como el gol del ‘Tigre’ Castillo en Santiago de Chile para las eliminatorias al mundial de 2002, como las piruetas del ‘Tren’ Valencia, del ‘Palomo’ Usuriaga, de Higuaita, de Hugo Sánchez, de Gullit, Puskas... En uno de esos intentos acrobáticos fallidos Juanchito le regala la pelota al equipo de Andy, este le pega una patadita al Nike que anda despacio sobre el suelo como pidiéndole permiso para avanzar hasta llegar a los pies de Antonio —que estaba cerca de la mitad de la cancha caminando sobre el tierrero— camina unos cuantos pasos, *“levanta la mirada”, “calcula centro”*, pero no; abre la envergadura de sus brazos en diagonal, fija los ojos en *“el punto de contacto en el que va a conectar”*, mientras en su cabeza se dibuja el destino, toma aire, con el pie izquierdo acomodado junto a la pelota levanta la pierna derecha que se pliega, se le marcan los músculos del muslo, de la pantorrilla; cuádriceps y aductores en pleno recogimiento se van soltando rápidamente mientras los brazos se dejan llevar por el impulso y la cadera se acomoda con un leve movimiento, antes de que el balón salga disparado como un meteorito presto a mutilar cualquier cabeza que se le atravesara en su intento por llegar a fundir su fuerza en la malla. Si entra, es un gol de antología.

Goles de antología hay muchos, y cada aficionado o no, atesora en su memoria expresiones de la belleza futbolera. En Colombia, aunque son pocos los triunfos conseguidos internacionalmente, abundan momentos de gloria en el recuerdo colectivo, sin contar aquellos momentos del fútbol colombiano en que ha palpitado el corazón de los seguidores de los equipos locales. La mayoría de los colombianos narra como si hubiera vivido en carne

propia el gol olímpico que le marcó Marcos Coll a 'la Araña Negra' en el Mundial de Chile 62, siendo este el único gol de ese calibre en competencias mundialistas. Igual, en la tienda de la esquina, en el club, en la casa y hasta en *videoclips* musicales se habla todavía del gol de Rincón a Alemania en el 90, o del 5 a 0 con el que aplastó Colombia a Argentina en el monumental de River y abundan todavía los padres que cuentan con orgullo *"yo estuve en el partido que jugó Pelé en Bogotá, yo vi que el Chato Velázquez intentó expulsarlo y no pudo porque terminaba expulsado él; y también le metí su buena insultada a Vilarete cuando se sentó encima del balón en una eliminatoria en el Brasil"*. Y aunque a veces pareciera que el colombiano amante del fútbol vive de glorias pasadas, la pasión crece. Eso se ve, se vive, se siente, y se manifiesta, como en 2001, cuando la Selección salió campeona de la Copa América o el Once Caldas campeón de la Copa Libertadores, cuando el país fue un solo carnaval, Bogotá la ciudad donde se jugó, donde no se paró de celebrar.

A todo el que le guste el fútbol, lo juegue o no, celebra. Antonio se quedó quieto y levantó el puño mientras una enorme sonrisa de satisfacción se dibujaba en su rostro. Había confirmado que era el más viejo, el más alto, el que va al gimnasio todos los días, simplemente el mejor. Y el que había decretado el final del partido luego de que se cantara "gol gana". El "severo taponazo que metió" atravesó en cuestión de microsegundos la distancia entre su pie y la portería, haciendo que el balón entrara "donde las arañas tejen su red". Celebró como en los viejos tiempos —cuando los jugadores (sobre todo los europeos) ni brincaban ni corrían ni se lanzaban en plancha, sino que ratificaban su gloria del momento— con un gesto de "káiser", en una actitud afín con su personalidad. Antonio logró el gol de la victoria, gol que obliga a su hermanito a pagarle los \$5.000 apostados y a cumplir con los próximos cinco "mandados" en la casa, ganó escoger el *Gatorade* y ser el primero en echarse un duchazo. Porque luego del fútbol viene la ducha, *"los quince minutos con agua caliente, quince minutos reviviendo el partido recién jugado, pensando en lo que se hizo y lo que no, pensando en que luego hay que comer con la familia y toca estar presentable, pensando en la novia, que hay que ir a recogerla, luego salir con ella, pensando a donde salir"*, pensando en Millonarios, o Huila, o Boca Juniors, pensando en que el lunes hay que volver a apostar la cancha contra el equipo de los grandes, pensando que ese partido sí es en serio, pensando que hay que echarse champú, que hay que estirar, que hay que entrenar, pensando en las palabras que se dirían en una rueda de prensa luego de un juego como ese, pensando en cuando vuelve a jugar fútbol, en cuando pasan fútbol por la televisión y en la camiseta de fútbol que quisiera comprar. Pero ahora le tocaba comer, y luego manejar, pensaba en su cuerpo agotado y en lo que el conducir exige, pero no importa, vale la pena.

Todo aquel que se mueve por las calles de Bogotá a pie o en carro tiene de donde maravillarse, y si busca fútbol, encuentra fútbol a la vuelta de la esquina, literalmente. Se puede pasear por la 116 con carrera 15, a las once de la noche y ver a uno de los niños de la señora del carrito de los *"Marlboro, Chiclets, Charms"* pegándole a un baloncito hueco mientras el otro hace las veces de portero entre el poste de la luz y la caneca. O bien, a plena luz del mediodía ver a un tipo con casco, sobre el separador de la Primero de Mayo

con Avenida Boyacá, o bien en la 101 con avenida 9ª, o en la 104 arribita de la autopista, dando un bote en el aire, al mejor estilo del Tino Asprilla, luego de haber recibido un pase de taquito, de pasar la pierna derecha sobre el balón haciendo un engaño y arrancando a correr hacia la izquierda, de haber levantado la cabeza, sentir la cadena de oro que rebota sobre el pecho y le pegaba a la boca, después de haber halado la pelota con planta del pie evadiendo al primero, de haber regateado a Ever, que era el segundo, y de haber colado con matemática precisión y sutil toque de punta el balón por entre las piernas de Chompita, con toda la elegancia del billar, toda la potencia del nado en mariposa y la alegría del fútbol. Eduardo Galeano dice que el gol es como un orgasmo, por eso se entendería qué algunos jugadores se quiten la camiseta, que otros simplemente se dejen caer esperando al resto del equipo encima, por eso todos suspiran o gritan o se alocan, pero todos parpadean, cierran los ojos en un ínfimo instante de satisfacción y todos sonríen.

Al caminar por las calles se ve a los locos celebrando; es fácil sorprenderse por el fútbol que cierra algunas calles del centro con ladrillos para que unos privilegiados puedan tener su partidito, es fácil encariñarse con cualquiera de los dos equipos, con todos los jugadores, es fácil encontrarlos cinco minutos después pagando las apuestas: arepa o liberal con gaseosa, salchichón con cerveza, helados de \$1.000 o en su defecto, la infaltable cerveza fría.

Los que recién jugaron en la calle y deben regresar a la construcción sudan mientras comen, tienen la cara sucia y las mangas en los codos, respiran agitados, agarran el casco y piensan en la tarea que los espera a dos cuadras de ahí cuando haya que retomar el trabajo. Unos se quejan de los callos en los pies mientras caminan lento de vuelta, otros juegan con el mondadientes, otro se pasa por el poco pelo la peinilla que guarda en el bolsillo trasero del pantalón manchado de pintura, otro no hace nada, todos saben que al día siguiente es la revancha, que el partido se acabó, y de él es muy difícil que se acuerden en dos días. Porque así es la memoria, cuando se trata del país o del equipo del alma los recuerdos están más presentes, pero en los enfrentamientos futboleros de los almuerzos o los fines de semana el recuerdo no dura más de una semana, porque en cada ocasión se reinventa el deporte, como el ritual de creación y apropiación, las jugadas del martes opacan a las del lunes, y las del miércoles a las del martes, y así sobreviven en cada jugador las hazañas propias durante su carrera como apasionado jugador aficionado y cada cual va armando un palmarés y salón de la fama íntimo. Los hechos sobreviven más en la mente del espectador, del caminante curioso y desocupado que se queda viendo un partido de obreros contra ingenieros, o niños contra más niños en un parque y llega a narrar y compartir el desarrollo de tal espectáculo. Sobreviven los marcadores: empates a 7, a 9, victorias estrechas de equipos que pierden por un gol y quedan 14 a 13, goleadas como 9 a 6, o 11 a 7... en Bogotá, de los infinitos partidos que se juegan en la semana. Sólo en el Campín se corre el riesgo de presenciar un 0 a 0.